

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*Arqueología de los espacios pastoriles**

La importancia de las técnicas de manejo pastoril en la construcción del paisaje ha sido destacada frecuentemente por los geógrafos; basta recordar los trabajos de Terán y de Ortega Valcárcel sobre los pasiegos en la montaña cantábrica o de Sorre y de Dumas sobre el Pirineo. Por lo general se ha hecho desde una geografía histórica preocupada, sobre todo, por esclarecer las claves que permitían explicar los paisajes actuales, cargados en esos ámbitos de elementos «tradicionales», contruidos por técnicas pastoriles ya antiguas cuya funcionalidad, sin embrago, se ha mantenido sin más cambio que su propia decadencia, abandono y ruina. Pocas veces se ha interesado el geógrafo por definir con mayor nitidez aquel paisaje que precedió al actual, aquel sobre el que surgieron los nuevos elementos que hoy pertenecen a lo que denominamos el ámbito de lo «tradicional» y que entonces correspondían a una nueva reorganización de las prácticas pastoriles que reordenaron los espacios montañoses. Incluso en los casos excepcionales (y el de Ortega Valcárcel es uno de ellos) en que se procura describir la situación anterior a través de documentación medieval, ello ha resultado más bien difícil por lo limitado de dicha documentación, pero también, como dije antes, por el propio objetivo, la explicación de los paisajes actuales, que impone una especie de itinerario evolutivo: espacio natural, espacio pastoril extensivo, intensificación de las prácticas ganaderas, decadencia y abandono.

* Christine RENDU: *La Montagne d'Enveig. Une estive pyrénéenne dans la longue durée*. Canet: Editions Trabucaire, 2003, 666 págs.

Ciertamente dicho itinerario puede resultar indiscutible como tendencia general, pero sobre un espacio concreto puede ocultar otros cambios a lo largo de su historia, cambios que pueden marcar avances y retrocesos, que pueden significar cambios en la orientación de la producción que no siempre se traducen en una intensificación de los aprovechamientos, cambios que pueden tener que ver con los producidos en la organización social y que de nuevo no siempre se ajustan a la línea evolutiva del itinerario modelo. Detectar esos cambios sobre el espacio e intentar reconocer lo que precedió y siguió a cada uno, implica una metodología definida, en primer lugar, por el análisis regresivo, aquel que (como proponía Marc Bloch) partiendo de lo mejor conocido, es decir, del paisaje actual, avanza hacia lo que se conoce peor, los paisajes pretéritos; implica también la gran escala, una mirada de detalle que descubra sobre un área concreta, sobre un espacio de pastoreo (por supuesto seleccionado), la sucesión de formas de ocupación y de organización, y en tercer lugar, implica un ámbito cronológico amplio, la «longue durée» como acostumbran a llamarlo los especialistas franceses.

La Arqueología constituye, a este propósito, una disciplina de gran utilidad; la prospección saca a la luz los restos físicos (ruinas de chozos, cabañas, cerramientos, etc); el estudio geográfico de los mismos (distribución, características del emplazamiento, relaciones ambientales, etc) permite una mayor aproximación a su significado y ayuda a la selección de los más elocuentes, de los que conviene excavar; por fin la excavación informa con cierta fiabilidad sobre la cronología y la sucesión de formas sobre el mismo emplazamiento.

Sin embargo, la Arqueología resulta insuficiente, por sí sola, para interpretar esas formas, esos restos a

los que se pretende hacer hablar; el desconocimiento de los distintos modos de organización de los aprovechamientos pastoriles haría imposible tan siquiera intuir qué papel han jugado esos restos, a qué modo concreto de aprovechamiento corresponden, para qué tipo de orientación de la producción se construyeron o reformaron. Las entrevistas a viejos pastores, es decir la historia oral, ayuda a iluminar la escena, pues si bien es verdad que la historia de sus «gestos», de sus prácticas ha experimentado cambios (que se deben intentar detectar) también lo es que el aprendizaje del pastor en lo que hace al manejo del ganado y al propio medio constituye una mezcla de transmisión oral de experiencias anteriores y de experiencias propias y en ambos casos el conocimiento de las condiciones ambientales y del comportamiento del ganado juegan un papel determinante; dos elementos que desde luego no se pueden considerar totalmente estáticos, pero cuya duración nos remiten a tiempos pasados, incluso remotos, como también lo son muchas de las formas de organizar los aprovechamientos en función de los mismos.

El cambio de las condiciones ambientales (provocado en buena parte por la propia actividad antrópica) constituye, por tanto, uno de los elementos que, sin duda, han introducido cambios en la forma de los aprovechamientos y su organización. Deben por tanto tenerse en cuenta, como bien advertía Bertrand en su ya clásica introducción a la Historia de la Francia Rural. Finalmente, la documentación histórica escrita referida a ese espacio y a su relación con otros complementarios en el piedemonte y la vertiente y la comparación del modelo observado con otros ya estudiados en áreas próximas y similares, permitirá avanzar en la explicación y enriquecerá las posibles nuevas hipótesis.

Un método de este estilo debe, por tanto, imprescindiblemente ser interdisciplinar. La experiencia, sin embargo, revela lo difícil que resulta ese cruce de trabajos especializados sobre un mismo objeto, lo frecuente que es encontrarnos con resultados en los que se presentan más bien una serie de trabajos yuxtapuestos, sin integración, labor que, en todo caso, queda reservada al lector.

La privilegiada formación de Christine Rendu, adquirida en el Laboratorio de Antropología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de Toulouse, explica su capacidad para abordar un trabajo de tal complejidad. Especializada en etnología y arqueología, demuestra también buenas habilidades como historiadora y geógrafa, lo que le permite cruzar las miradas desde múltiples ángulos. Su objeto de estudio es un pe-

queño espacio de pastos estivales (unas 2.000 Ha) en La Montaña de Enveig (Pirineos) en la larga duración; pero, como ella misma aclara, es también el estudio de una práctica, en tanto que son las comunidades humanas, la historia de sus relaciones sociales y de sus relaciones con el territorio, lo que finalmente permitirá una mayor aproximación a la explicación de las continuidades y rupturas sobre ese pequeño espacio, cuya dinámica y evolución, a su vez, está relacionado con la de un espacio más amplio, que engloba (además del puerto de montaña) la vertiente y el piedemonte.

La estructura del libro, observada desde el índice, no parece ajustarse a los esquemas convencionales y quien se asoma a él en una primera aproximación puede poner en duda la integración de las partes que lo componen. Sin embargo, la autora conduce con maestría al lector a lo largo del libro, mostrándole el camino de su propio aprendizaje. En efecto, Christine Rendu no sólo quiere presentar los resultados de su investigación, se propone también que el lector (que con toda probabilidad será a su vez un investigador interesado) siga paso a paso su trabajo, que descubra con ella los problemas a los que se ha enfrentado, la precariedad de las fuentes, la relatividad de los resultados arqueológicos; lleva al lector a través un camino sinuoso (como suele serlo el de toda investigación), que vuelve una y otra vez sobre las fuentes para añadir nuevos significados o para relativizar primeras y apresuradas lecturas; de la evidencia física al documento histórico y de éste a la entrevista y nuevamente a la evidencia física, como se manejan las piezas de un puzzle, tanteando hasta conseguir que encajen.

El libro se divide en tres partes. La primera, titulada «tiempos cortos, tiempos largos», está dividida en dos capítulos. El primero sirve para presentar la propia historia del trabajo, que comenzó siendo un proyecto de inventario de patrimonio pastoril que fue adquiriendo complejidad al tratar de responder a las múltiples preguntas que le fueron surgiendo. En el segundo se analiza la práctica pastoril sobre el espacio en su historia reciente. El geógrafo echará en falta en esta parte una presentación del espacio de estudio en la que se analizaran las características ambientales, por más que reconozca que éstas han cambiado a lo largo del tiempo que se estudia. En todo caso, esas características se van aprendiendo a través de pinceladas dispersas, localizadas allí donde se hacen necesarias para explicar a la vez la organización socioespacial y las prácticas pastoriles responsables de la ordenación de ese espacio. Así, en el capítulo segundo, nos muestra un espacio en el que se desarrollan las tensiones y los conflictos, un espacio en

continua transformación; permanentes cambios que tienen que ver con presiones demográficas, extensión de los cultivos, innovaciones técnicas o reorientaciones de la producción. Describe la montaña desde la propia práctica pastoril, recurriendo a los nombres, a las marcas, a los límites de las dehesas, a las cabañas, a los corrales de vacas y a las pletas de ovejas.

La segunda parte constituye, como señala la propia autora, el cuerpo central del trabajo, las monografías arqueológicas. Una parte cuya lectura podría haber resultado tediosa para los no especialistas, pero que, sin embargo, la autora convierte en apasionante. De la prospección a la excavación y de ésta de nuevo a la prospección y a la interpretación de los primeros resultados, Rendu conduce al lector por la montaña de Enveig, por las ruinas de sus cabañas y cerramientos, con la parsimonia (pero también con la meticulosidad) característica del trabajo arqueológico; le enseña (además de las técnicas y la metodología cuya comprensión facilitan las excelentes fotografías y dibujos) a ser paciente y a valorar las pequeñas evidencias, a veces diminutas piezas del puzzle que se pretende montar, imprescindibles, sin embargo, para elegir las siguientes piezas. Un lento y laborioso trabajo que da sus frutos, ya que permite a la autora establecer una tipología de las cabañas y de los cerramientos y (a partir de algunas evidencias arqueológicas halladas en las excavaciones y de algunas dataciones radiocarbónicas) una aproximación cronotipológica que le permite comenzar a detectar las continuidades y rupturas, diferenciar diacrónicamente las formas de organización de las que las ruinas formaban parte.

Con esa diferenciación diacrónica se inicia, precisamente, la tercera parte, titulada «el espacio y la duración». En seguida se nos muestra, sin embargo, los límites del trabajo arqueológico para interpretar los propios restos; se hace imprescindible conocer las técnicas ganaderas y pastoriles y también el propio modo de vida de los pastores. Recurre entonces a la etnología, a las fuentes orales y a la documentación escrita: del mito al gesto y de éstos a las huellas, aprendiendo las técnicas lecheras (queseras), las distintas composiciones de los rebaños, los comportamientos reproductores, los calendarios trashumantes, detectando los cambios en la producción, indagando las causas y, sobre todo, su traducción en las instalaciones.

En el capítulo siguiente (el 7º) intenta el salto desde los restos construidos prospectados y excavados a los paisajes en que se integraron cuando eran funcionales. Cobra así importancia la dimensión de la historia misma

de esos paisajes, su génesis y evolución. Cuenta en este caso con la inestimable colaboración de tres prestigiosos especialistas en palinología (Didier Galop), antracología (Bernard Davasse) y carpología (Marie-Pierre Ruas), que contribuyen a enriquecer aún más el trabajo y a proporcionarle una dimensión aún más geográfica.

Finalmente, en el capítulo 8 trata de reconstruir las grandes etapas de explotación de la vertiente, recurriendo a su propio trabajo, a fuentes históricas (sobre todo ordenanzas) y a bibliografía.— MANUEL CORBERA MILLÁN

*Las transformaciones recientes en la montaña: el sector central de la Montaña Cantábrica**

Los autores de este libro pertenecen a las Universidades de Cantabria y Salamanca y desde hace algún tiempo vienen centrando su atención investigadora en el análisis de los territorios montañosos con carácter general y, de manera más concreta, en el sector central de la Cordillera Cantábrica. Eso ha sido posible en buena medida por esa colaboración interuniversitaria, que afortunadamente cada vez es más habitual, y gracias al apoyo de diferentes proyectos de investigación; dos de ellos, financiados por el Ministerio de Ciencia y Tecnología y por la Junta de Castilla y León, han permitido la edición de esta monografía, que se añade a las muy variadas aportaciones centradas en las áreas montañosas que estos geógrafos nos han ofrecido en los últimos años.

En efecto, los autores forman parte de un grupo de investigación (CIMA: Colectivo de Investigadores sobre las Montañas) formado en el año 1999 y que está integrado por profesores de varias universidades españolas (Alicante, Barcelona, Cantabria, Jaén, León, Oviedo, País Vasco, Salamanca y Santiago de Compostela). Este equipo ha publicado ya diversos trabajos y ha reunido en una página web (www.lasmontañasespañolas.com) todo un amplio conjunto de informaciones, indicadores y contenidos que son hoy una referencia de enorme utilidad para una aproximación rigurosa a la realidad de estos territorios.

* DELGADO VIÑAS, C., GIL DE ARRIBA, C., HORTELANO MÍNGUEZ, L. A. y PLAZA GUTIÉRREZ, J. I. (2007): *Dinámica territorial y transformación del paisaje en la montaña cantábrica*. Plaza Universitaria Ediciones. Salamanca, 149 páginas.